

# MUERTE A LOS HOSPITALES

| SAMUEL MILLAS

Una máquina portátil para examinar la sangre redefine el negocio de la medicina mundial. La idea fue de un chileno.

En un modesto café de Los Altos, muy cerca de la Universidad de Stanford, en California, el ingeniero chileno Vladimir Ostoich se reunió a desayunar con su amigo estadounidense Gary Stroy. Era una mañana de 1989. El lugar elegido fue un café sencillo, pero especial: atendido por una inmigrante iraní, ofrecía uno de los mejores surtidos de pan de toda la bahía de San Francisco. Se tomaron su tiempo. Ninguno de los dos estaba demasiado apurado por regresar a su trabajo. De hecho, a pesar de ser ambos exitosos hombres de negocios con una larga carrera en Estados Unidos, ninguno tenía trabajo en ese momento. Así que se dedicaron a disfrutar el famoso pan iraní, a saborear el café, conversar y, de paso, tratar de dar con un concepto que, intuían, sería un buen negocio.


Ostoich estaba abandonando una pequeña firma tecnológica en donde había desarrollado un aparato que permitía a quienes sufren enfermedades de coagulación evaluar su condición con una gota de sangre de la punta de un dedo. “Muy similar a los medidores que utilizan los diabéticos en todo el mundo”, dice. La compañía había crecido rápidamente y estaba en ese momento terminando su proceso de oferta inicial de acciones, por lo que él y otros ejecutivos habían decidido continuar sus carreras en otro lugar. A su vez, Stroy había desarrollado –y vendido– dos compañías dedicadas a la fabricación de distintos test médicos.

Esa mañana, Ostoich llegó a la cita con una poderosa idea en la cabeza. Su punto era que si su anterior compañía había sido tan exitosa creando un instrumento capaz de medir un solo parámetro de la sangre, qué ocurriría con una máquina capaz de analizar los 30 ó 40 elementos que los médicos generales suelen utilizar para diagnosticar. ¿Y si además todo se hacía en un par de minutos, en la misma consulta, y a un costo mucho menor? Sería una total revolución, pensaba. Mientras que un examen tradicional de laboratorio puede llegar a tomar dos semanas antes de que el médico reciba los re-

sultados y se los comunique al paciente, con un sistema como éste se podría ahorrar mucho tiempo, tanto de los médicos como de los pacientes, apurar su recuperación, además de simplificar todo el “proceso productivo” en los hospitales. “Es equivalente a la introducción del computador personal en el mundo de la informática”, dice el ingeniero. En efecto, Ostoich recuerda que hace 30 años, para hacer funcionar un computador era necesario un ejército de personas, una serie de instalaciones y gigantescos recursos técnicos. “Todo eso desapareció cuando se introdujo el PC. Y nuestra idea termina por hacer lo mismo con los hospitales: van a desaparecer”.

Desde hace un tiempo que esa idea tiene nombre. Se llama Piccolo y es el producto insignia de Abaxis, la firma que Ostoich, Stroy y un tercer socio fundaron para su desarrollo, fabricación y comercialización. Han pasado ocho años desde que empezaron a trabajar y ha sido un éxito. El desarrollo del producto logró sortear una serie de vallas tecnológicas hasta que se convirtió en lo que es hoy: una máquina del tamaño de una tostadora de pan, al que el doctor le introduce

un disco plástico con un par de gotas de sangre y que es capaz de analizar, en menos de 12 minutos, los más importantes parámetros de la salud, antes de que el paciente abandone la consulta.

Costó US\$ 45 millones en investigación y desarrollo, se vende por US\$ 15 mil la unidad y en el último año la empresa registra ventas por cerca de US\$ 90 millones. 



LA REVOLUCIÓN,  
PERSONAL de Vladimir  
Ostoich